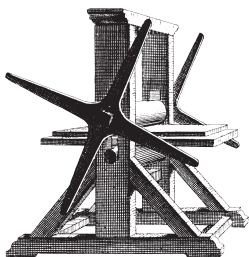


NAPOLEÓN



SERIE MAYOR

JEAN TULARD

NAPOLEÓN

Traducción de
Jordi Terré

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Napoleon ou Le Mythe du Sauveur*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Getty Images

Composición: gama, sl

Jean Tulard
© Librairie Arthème Fayard, 1996
© 2012, de la traducción: Jordi Terré

© 2012 de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioacademicoycultural.com

ISBN: 978-84-9892-356-8
Depósito legal: B. 9804-2012
2012. Impreso y encuadernado en España por Dédalo Offset

*Dentro de cincuenta años, será necesario rehacer
cada año la historia de Napoleón...*

STENDHAL, *Vida de Napoleón*, prefacio.

Introducción
LA ELECCIÓN

Lo que profetiza Mozart, unos años antes de su muerte, cuando, al final de La Flauta Mágica, las tropas de Sarastro derrotan a las legiones de la Reina de la Noche en el templo del Sol, es la victoria de la «Ilustración» sobre el oscurantismo. Nos encontramos en 1791, la Revolución francesa acaba de estallar, pero el éxito de la «Ilustración» sigue siendo incierto.

Diez años más tarde, cuando por fin se estrena la obra de Mozart en París, el triunfo de las nuevas ideas parece más consolidado; pero, de entre el público que aplaudió La Flauta transformada en los Misterios de Isis, con libreto de Morel y arreglos de Lachnith, ¿cuántos espectadores reconocieron en Sarastro el rostro del general Bonaparte convertido en el Primer Cónsul de la República y el último baluarte de las conquistas revolucionarias?

Conjunción inesperada de un individuo y de un cambio político. Por un lado, un oficial soñador y distraído al servicio de una monarquía a la que sirve como mercenario, una mentalidad de exiliado, una tendencia suicida, un hastío paseado de cuartel en cuartel. Por otro, la Revolución, o quizá las Revoluciones, si se tienen en cuenta la diversidad de los objetivos perseguidos. Como observó Chateaubriand, son los nobles quienes asestaron los primeros golpes al viejo edificio monárquico. Aprovechando la crisis financiera de la realeza, intentaron poner en tela de juicio los principios del absolutismo. Ese era el objetivo asignado, más o menos abiertamente, a la reunión de los Estados Generales. El desagravio de la Fronda, el final de las humillaciones políticas y el retorno a las leyes fundamentales que invocaba ya el cardenal de Retz en sus Memorias y luego Fénelon en sus últimas obras, era eso lo que deseaba en el fondo de sí

misma la nobleza liberal detrás de las grandes palabras inspiradas por los filósofos leídos demasiado apresuradamente, la guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que habían participado generosamente un La Fayette y un Noailles, o los panfletos de un marginal como el conde de Antraigues. El Catorce de Julio y el Gran Miedo barrieron las ilusiones. Una vez abierta imprudentemente la caja de Pandora, la antigua nobleza se vio engullida, se suprimieron los títulos, se abolieron los derechos feudales y se confiscaron las propiedades.

Y es que otra sublevación había tomado el relevo. A la Fronda le sucedió la Jacquerie. Estos movimientos desordenados de campesinos, antaño abocados al aplastamiento, abarcaron de nuevo gran parte de Francia y adoptaron un carácter original. De la revuelta anárquica se pasó a la revolución. Se produjo una toma de conciencia. Los cahiers de doléances [«cuadernos de quejas y reclamaciones»] formularon objetivos precisos: el final del régimen feudal y la apropiación del suelo. La revisión de los títulos de propiedad, emprendida por una nobleza cada vez más endeudada, desempeñó un papel catalizador. En cambio, no existieron consignas políticas. Uno se subleva contra el señor, no contra el rey, a pesar del gravamen de los impuestos y la dureza de las faenas. Fue una revolución pronto apaciguada: los decretos que abolieron el feudalismo en la noche del 4 de agosto, la venta de los bienes de la Iglesia, el alza de los precios que devaluaban los arrendamientos y la subida —más lenta, es cierto— del salario de los jornaleros en numerosas regiones, transformaron al campesinado francés, o al menos a una parte, en una masa conservadora, interesada en las conquistas revolucionarias, desde luego, pero que nutrirá pronto los batallones encargados de aplastar las insurrecciones proletarias del siglo XIX.

El rey habría podido utilizar al campesinado contra sus nobles rebeldes, pero habría tenido que ocupar el trono un Luis XI o un Luis XIV. Luis XVI carecía de autoridad sin la excusa del escéptico o del juerguista. Otros se beneficiaron de la confusión de las zonas rurales: los burgueses o, al menos, una vez más, un sector de la burguesía. Los rentistas, los propietarios de cargos, el gran negocio portuario y el comercio de lujo padecieron terriblemente. La banca se aterrorizó, y limitó sus operaciones. Los más audaces suelen ser los más modestos, en los confines de la pequeña burguesía. ¿Cómo no recordar al señor Grandet?

Cuando la República francesa puso en venta, en el distrito de Saumur, los bienes del clero, el tonelero, que por entonces tenía cuarenta años, aca-

baba de casarse con la hija de un rico comerciante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna líquida, y de la dote de su mujer, unos dos mil luises de oro, se fue a la capital del distrito y allí obtuvo, gracias a los doscientos luises dobles que su suegro ofreció al feroz republicano que se encargaba de la venta de los territorios nacionales, por un pedazo de pan, legalmente, si no legítimamente, los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía y unas cuantas alquerías. Políticamente, protegió a los antiguos nobles e impidió con todo su poder la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, abasteció a los ejércitos republicanos con uno o dos mil toneles de vino blanco e hizo que le pagaran con unos soberbios prados que pertenecían a un convento de monjas y que se habían reservado para un último lote. En tiempos del Consulado, el gentilhombre Grandet se convirtió en alcalde, administró con prudencia y vendimió aún mejor; en la época del Imperio, se le llamó señor Grandet.

Los Grandet eran numerosos en provincias, pero fue en París donde la especulación con los suministros a los ejércitos y la devaluación del papel moneda adquirieron mayor amplitud. Desaparecen los nobles y comienza el reino de los notables. Se creó una nueva burguesía, la que supo comprar los bienes nacionales en un período de inflación o acaparar las encomiendas del Estado, la que se infiltró en la administración o que conocía el derecho, la que pudo, en definitiva, liberada de la sujeción de las corporaciones y a resguardo del proteccionismo instituido por el Directorio, desarrollar talleres y manufacturas.

¿Qué quería la burguesía en 1789? Sieyès expuso sus ideas en el célebre folleto ¿Qué es el Tercer Estado? Más conciso, Napoleón resumió sus aspiraciones en una frase quizá apócrifa: «la vanidad; la libertad —añadió—, solo ha sido un pretexto». La reacción feudal, al cerrar o amenazar con cerrar las filas de la nobleza a una burguesía en plena ascensión en una Francia en plena expansión, empujó a los burgueses hacia la oposición a las instituciones sociales. Los primeros rebeldes no siempre fueron por lo demás quienes se aprovecharon de la destrucción del Antiguo Régimen, pues con frecuencia la propiedad burguesa del siglo XVIII fue víctima de la abolición del feudalismo. Sin embargo, no deja de ser cierto que burgueses y campesinos se vieron comprometidos, como se ha subrayado tantas veces, en un mismo combate contra el feudalismo. Saldrían de él vencedores y vagamente solidarios. ¿No representaban acaso la cantidad y el talento?

Una cuarta corriente quedó al margen: el proletariado urbano. Al comienzo, el paro y la carestía arrojaron a las calles de las ciudades, y especialmente en París, a artesanos, obreros, criados y ganapanes. La escasez

de las grandes empresas, la estructura arcaica de los talleres y las condiciones de trabajo que aproximaban a patrones y obreros seguían impidiendo el nacimiento de problemas sociales agudizados y la idea de huelga siguió estando confinada a una casa o, como máximo, a algunos miembros de una misma profesión. Influidas por Rousseau, las aspiraciones sociales se limitaban a un mundo de «pequeños productores y de pequeños comerciantes independientes»; y los sans-culottes soñaban con una especie de «patronato universal». Este proletariado urbano sirvió como punta de lanza, bajo el Terror, para la Revolución. Pero, preocupada por garantizar una mano de obra barata a la industria naciente, la Constituyente, mediante la ley Le Chapelier del 14 de junio de 1791, prohibió todo tipo de coalición obrera, e incluso la desaparición de las corporaciones favoreció la explotación de los niños en las manufacturas. Deseoso por garantizar el mantenimiento del orden y la consolidación de la —de su— propiedad, los termidorianos, por su parte, se apresuraron a desarmar las barriadas. La nueva burguesía desarticuló el movimiento sans-culotte, mientras que los campesinos permanecían impasibles ante este fracaso.

Después del golpe de Estado de Brumario, Bonaparte declaró: «Yo soy la Revolución», para contradecirse a continuación: «La Revolución se terminó». El fin de la Revolución: se asignó el 5 de agosto de 1789, o cuando la separación de la Constituyente, día que la Convención celebró al Ser supremo o cuando la cabeza de Robespierre cayó en el cesto. Para terminar la Revolución, se presentaban tres vías posibles: retorno al sistema monárquico y aristocrático (con la antigua o una nueva dinastía); consolidación de las conquistas burguesas y campesinas; satisfacción de las aspiraciones de la sans-culotterie parisina. Retorno al pasado; mantenimiento del presente; preparación del futuro.

La aventura napoleónica depende de una elección, la que efectuó Bonaparte en 1799.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

El héroe de esta aventura inspiró más libros que días hayan transcurrido desde su muerte. Esta inflación no es un fenómeno estrictamente nacional ni siquiera europeo. Llega hasta Asia: en 1837, Ozeki San'ei escribió en chino una biografía de Napoleón.

Según Louis Villat, la primera biografía completa del Emperador dataría de 1821, el mismo año de su desaparición: *Napoléon, sa naissance*,

son éducation, sa carrière militaire, son gouvernement, sa chute, son exil et sa mort, escrita por M. C. Pero la biografía napoleónica ya era entonces descomunal, repartida entre el panfleto y el elogio oficial. Arnault emprendió en 1822 una *Vie politique et militaire de Napoléon*. Laurent de l'Ardèche en 1826, Norvins en 1827, Jomini y Thibaudeau ese mismo año, y finalmente Walter Scott, se apresuraron a imitarlo. Todas estas tentativas se eclipsaron ante la monumental *Histoire du Consulat et de l'Empire* que Thiers concluyó en 1862, que abría el camino a Michelet (*Histoire du XIX^e siècle*, 1875) y a Taine (*Les Origines de la France contemporaine: le régime moderne*, 1887), y anunciaba las largas series de Frédéric Masson (*Napoléon et sa famille*, 13 volúmenes, 1897-1919), Driault (*Napoléon et l'Europe*, 5 tomos, 1912-1927, que retoma *L'Europe et la Révolution française* de Albert Sorel), Lanzac de Laborie (*Paris sous Napoléon*, 8 tomos, 1905-1911), L. Madelin (*Histoire du Consulat et de l'Empire*, 16 volúmenes, 1936-1954), Jean Thiry (*Napoléon Bonaparte*, 28 tomos, 1938-1975). El Segundo Imperio había emprendido una publicación en 32 volúmenes de la *Correspondencia*, compilación incompleta y falsificada a veces pero que daba una idea de la prodigiosa actividad del Emperador (el *Dictionnaire de l'Empereur* de Palluel, 1969, permite ser utilizado cómodamente a falta de índice). Hay que añadir los suplementos de Lecestre, L. de Brotonne, Lumbroso, Masson, d'Huart, Tuetey y Picard, etc. «Se hablará de su gloria, en la humildad, durante mucho tiempo», profetizaba Béranger. Fue un diluvio, de Capefigue (1831) a Lanfrey (1867), de Peyre (1887) a Guillois (1889).

Encontramos Napoleones «de izquierdas» (Jaurès, *Histoire socialiste*, t. VI, 1905; Tersen, *Napoléon*, 1959; Soboul, *Le Premier Empire*, 1973) y Napoleones «de derechas» (J. Bainville, *Napoléon*, 1931; Ch. Maurras, *Jeanne d'Arc, Louis XIV et Napoléon*, 1938; L. Daudet, *Deux idoles sanglantes, la Révolution et son fils Bonaparte*, 1939; F. Olivier-Martin, *L'Inconnu Napoléon Bonaparte*, 1952), todos excelentes. El panfleto (Iung, *Bonaparte et son temps*, 1880-1881; J. Savant, *Tel fut Napoléon*, 1953; H. Guillemin, *Napoléon tel quel*, 1969) se codea con la hagiografía (M. Tartary, *Sur les traces de Napoléon*, 1956). Vívidos son: G. Lenôtre, *Napoléon, croquis de l'épopée* (1932), A. Castelot, *Bonaparte et Napoléon* (1968), L. Chardigny, *L'homme Napoléon* (1987); y eruditos: Lavis y Rambaud, *Histoire générale*, t. IX, *Napoléon* (1897), Pariset, *Le Consulat et l'Empire* (t. III de *L'Histoire de France contemporaine* de Lavis, 1921), G. Lefebvre, *Napoléon* (1935, reed. por Soboul), Fr. Dreyfus, *Le Temps des Révolutions* (1968), Godechot, *Napoléon* (1969), Furet y Bergeron (1973), Sussel,

Napoléon (1970), Bergeron, Lovie y Palluel, *L'Épisode napoléonien* (1972), A. Latreille, *L'Ère napoléonienne* (1974), L. Genêt, *La Révolution et l'Empire* (1975). Napoleón existe en pequeño formato (Lucas-Dubreton, 1942; M. Vox, 1959, Bertrand, 1973, Dufraisse en la colección «Que sais-je?») y en gran formato en cuarto (G. Lacour-Gayet, 1921). Hay Napoleones rusos (Merejkowski, 1930; Tarlé, varias reeds.; Manfred, 1977), alemanes (Kircheisen, 1911-1934; Ludwig, 1924), ingleses (Seely; Rosebery, 1900; Holland Rose, 1901; Thompson, 1952; Markham, 1963; Cronin, 1976), estadounidenses (Dowd, 1957; Holtman, 1967), italianos (Lumbroso, 1921; Zaghi, 1969), chinos (Li Yuan Ming, 1985) u holandeses (Geyl, 1949). Podemos seguirlo día a día: Schuermans, *Itinéraire général de Napoléon* (1911); L. Garros, *Quel roman que ma vie* (1947); J. Massin, *Almanach du Premier Empire* (1965). Y podemos situarlo en el espacio: *l'Atlas* elaborado por Thiers, *l'Atlas de la Grande Armée* de J.-C. Quennevat (1966), y *l'Atlas administratif du Premier Empire* de F. de Dainville y J. Tulard (1973). Napoleón fascinó a todos los escritores: no solo a Chateaubriand, Hugo, Balzac, Stendhal y Sénancour, sino también a L. Bloy, Elie Faure (1921), Delteil (1929), Rosny Aîné (1931), Suarès (1933), J. Romains (1963), A. Maurois (1964), P. Morand (*Napoléon homme pressé*, 1969) y A. Malraux (*Les chênes qu'on abat*), sin olvidar los guiones de las películas de A. Gance y de S. Guitry. Pero el historiador no obtendrá mucho provecho de estas lecturas. Las revistas son innumerables: *Revue de l'Empire* (1842-1848), *Revue napoléonienne* (de Lumbroso, principalmente entre 1901 y 1909), *Revue des Études napoléoniennes* (1912-1939; deslumbrante hasta cerca de 1930; superficial y hagiográfica a continuación; con índices); *Revue de l'Institut Napoléon* (aparece a partir de 1938; tomó el relevo, bajo el estímulo de M. Dunan, de la *Revue des Études napoléoniennes*; índices); *Le Souvenir napoléonien*, que se apartó de la hagiografía, desde 1970, a cambio de números especiales); *Toute l'histoire de Napoléon* (publicó entre 1951 y 1952 algunos excelentes números especiales); *Bulletin de la Société belge d'études napoléoniennes* (92 números entre 1950 y 1975, sobre todo centrados en Waterloo; índices en el n.º 92); *Rivista italiana di Studi napoleonici* (de valor desigual y de publicación irregular, pero con frecuencia interesante); *Het Nederlands genpotschap voor Napoleontische studien* (en holandés); tampoco hay que desdeñar los *Annales historiques de la Révolution française* (desde 1908).

Existen varios diccionarios de utilidad: *Biographie des hommes vivants* (1816); Arnauld, Jay, Jouy y Norvins, *Biographie nouvelle des contemporains* (1821); P. Larousse, *Grand dictionnaire universel du XIX^e siècle*

cle (de una excepcional riqueza); B. Melchior-Bonnet, *Dictionnaire de la Révolution et de l'Empire* (1965); Connelly, *Historical Dictionary of Napoleonic France* (excelente) (1985). Todos fueron reemplazados por el *Dictionnaire Napoléon* (bajo la dirección de J. Tulard, en 1987) que, a través de más de 3.200 entradas, permite trazar un recorrido completo por el período (militares, funcionarios, artistas, eruditos, instituciones, batallas, vida cotidiana...). Especializados son los de Robert, Bourlonton y Cougny (*Dictionnaire des Parlementaires*, 1889-1891), y Six (*Dictionnaire des généraux et amiraux de la Révolution et de l'Empire*, 1934). En la École Pratique des Hautes Études (IVª sección), se pueden consultar las tesis de H. Robert sobre el personal diplomático, de D. Duchesne sobre el Tribunal Supremo, de Pinaud sobre los obispos de Napoleón, de U. Todisco sobre el Tribunal de Cuentas y de Szramkiewicz sobre los regentes y censores del Banco de Francia, estas dos últimas impresas, que son equivalentes a diccionarios biográficos. La historia del período se verá renovada por la apertura de los fondos de archivos privados: léanse a este respecto las crónicas anuales de Ch. de Tourtier en la *Revue de l'Institut Napoléon*.

Dominando el conjunto de la producción por la calidad del texto y una iconografía extraordinaria que vuelve obsoletos los viejos álbumes de Dayot e incluso el *Napoléon* de Bourguignon (1936): Jean Mistler y colaboradores, *Napoléon et l'Empire* (1968). También se encuentra iconografía en Grand-Carteret (1895), en Broadley, *Napoléon in caricature* (1911), y Catherine Clerc, *La Caricature contre Napoléon* (1985), pero con una intención hostil.

El lector deseoso de saber más puede remitirse a las excelentes guías bibliográficas: G. Davois, *Bibliographie napoléonienne française* (1909; muy completa hasta esa fecha); L. Villat, *Napoléon* (1936) y J. Godechot, *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne* (1967). Las gigantes cas bibliografías de Lumbroso, de Kircheisen y de Monglond quedaron inacabadas. En puntos precisos: E. Hatin, *Bibliographie de la presse périodique française* (reed. 1965); *Guide bibliographique sommaire d'histoire militaire* (1969); J. Tulard, *Bibliographie critique des mémoires sur le Consulat et l'Empire* (1971), recuerda que numerosas memorias fueron obra de tintoreros, Saint-Edme, Lamothe-Langon, Villemarest, Beauchamp, Marco Saint-Hilaire, incluso Balzac. Cada año la *Bibliographie de l'Histoire de France* publicada por el CNRS proporciona obras y artículos aparecidos sobre el período 1800-1815.

LOS BANDOS ENFRENTADOS

Octubre de 1799. El destino de la Revolución sigue siendo incierto.

Los realistas fracasaron por poco en Vendimiario y en Fructidor en su tentativa de tomar el poder. Es cierto que estaban divididos entre partidarios de una realeza constitucional y monárquicos intransigentes reagrupados en torno al conde de Artois, hermano de Luis XVIII y que preconizaba un retorno al Antiguo Régimen. Sus posiciones siguieron siendo fuertes en el oeste y el Mediodía. A muchos les parecía ineludible una restauración, pero ¿cuándo? ¿Y bajo qué forma?

A la izquierda, los neojacobinos. Estos triunfaron en las elecciones del año VI gracias a la posición predominante ejercida por los artesanos y los tenderos, que componían su clientela, en las asambleas electorales de las ciudades. Y aunque el Directorio anuló esas elecciones, volvieron a ganar al año siguiente. Su influencia fue importante en el Consejo de los Quinientos, y más débil en la segunda asamblea, el Consejo de los Ancianos. Su programa, más moderado que el de los babouvistas, algunos de los cuales, tras el fracaso de Gracchus Babeuf, se alinearon con ellos, los asimila a antiguos «terroristas»: reclamaban un régimen más democrático que la oligárquica constitución de 1795 entonces vigente; atacaban a los sacerdotes refractarios; pedían, finalmente, un refuerzo de las asambleas frente a las intrusiones del Directorio. La reanudación de la guerra, en 1799, y los desastres militares sufridos por Francia, les permitió lograr que se votara la ley de los rehenes, que hacía responsables a los familiares de emigrados de los atentados cometidos en la persona de los funcionarios, y el principio de un impuesto sobre las grandes fortunas. Dado que estaba res-

paldado por generales como Bernadotte, Jourdan o Augereau, el neojacobinismo era tan poderoso que aunaba a todos los descontentos. Pero, al ser más una coalición que un partido, carecía de coherencia. Además, la recuperación de la situación exterior gracias a las victorias de Brune en Bergen y de Masséna en Zúrich, el 26 de septiembre de 1799, debilitó su posición, al mismo tiempo que volvía impopular la política de terror que preconizaba. En agosto, Fouché, que se había convertido en ministro de la Policía, cerró sin problemas las puertas de la sociedad jacobina, llamada «sociedad constitucional», que hacía temblar anteriormente al Directorio. Los neojacobinos no dejaban de seguir disfrutando de sólidos apoyos en el ejército y en la administración.

¿Monarquía constitucional o República pura y dura?

Los «termidorianos», esos veteranos de las asambleas revolucionarias en el poder desde la caída de Robespierre, los Sieyès, Cambacérès, Merlin, Fouché, Quinette y otros, no quieren ni la restauración del rey (votaron mayoritariamente a favor de la muerte de Luis XVI), ni la «anarquía», en la medida en que representan los intereses de los nuevos propietarios surgidos de la venta de los bienes nacionales. Conscientes de una impopularidad debida al desgaste del poder y a su indiferencia hacia las miserias del pueblo, solo se mantuvieron merced a una serie de ilegalidades, desde el decreto de los 2/3 que apartaba a los realistas hasta el golpe de Estado de Floreal contra los jacobinos, sacrificando si era preciso a sus miembros más comprometidos. Barras, el hombre del Directorio desde su fundación, es el símbolo de todos los compromisos que los rodeaban.

Los objetivos de los termidorianos son imprecisos (se acomodan a una república burguesa), pero su clientela está muy bien definida: todos los «pudientes», todos aquellos que tendrían algo que perder con un cambio de régimen que conllevara un retorno a la monarquía o el desquite de los «vientres vacíos». No obstante, estaban divididos en dos corrientes. En el seno del Directorio, que detentaba el poder ejecutivo, el general Moulin y Gohier, antiguo ministro de Justicia durante el Terror, eran partidarios del mantenimiento de la constitución; en cambio Sieyès, flanqueado por un comparsa, Roger Ducos, juzgaba desdeñosamente esa constitución que no había redactado. Cualquier revisión requería un plazo de nueve años, por lo que el antiguo abad se veía reducido a un golpe de Estado interno, respaldado por un sable. Por eso consideró hacer un llamamiento al general Joubert antes de que este fuera asesinado, el 15 de agosto de 1799, en Novi. En esta operación, se garantizó el apoyo de los representantes de la «inteligencia francesa», los descendientes de los «filósofos», los Daunou, Caba-

nis, Destutt de Tracy, Garat y demás Volney que pertenecían, al igual que Sieyès, al Instituto Nacional de las Ciencias y las Artes fundado por la Convención termidoriana como sustitución de las academias. Barras, su quinto director, vacila; se le atribuyen simpatías realistas, e incluso orleanistas, simpatías que también se le atribuirían a Sieyès, cuando no se pretendía que trabajaba al servicio de «un príncipe extranjero».

A estas divisiones se vinieron a añadir otras causas de debilitamiento para el Directorio: una coyuntura económica catastrófica y una situación militar desastrosa con la reanudación de la guerra continental.

La situación militar era tan desastrosa que los directores llegaron a pensar en llamar al único general que permanecía todavía invicto, Bonaparte, al que se había enviado a Egipto con el pretexto de preparar la conquista de la India inglesa y, en realidad, para desembarazarse de un personaje incómodo. En este sentido, se preparó una carta, el 18 de septiembre de 1799, pero el anuncio de las victorias de Brune y Masséna la volvió inútil. Entonces fue cuando llegó la noticia del regreso de Bonaparte.

Este regreso modificaba la situación. Gohier escribió muy acertadamente en sus *Memorias* que el general Bonaparte, que se había vuelto célebre por sus victorias en Italia y luego en Egipto, iba a atraer «a todos aquellos hombres que no tenían espacio, a todos los descontentos».

Los realistas le atribuyeron en seguida intenciones favorables a su causa. Los moderados creían que sería el presidente de una república burguesa. Ni siquiera los jacobinos habían dejado de considerar, si creemos las *Memorias* de Jourdan, un «contragolpe de Estado» dirigido por Bonaparte para poner remedio al golpe de Estado que preparaba Sieyès y que Briot había denunciado en el tribuna de los Quinientos. Los ideólogos observaban que Bonaparte había sido elegido en el Instituto antes de partir hacia Egipto y Barras recordaba que le había protegido en sus comienzos.

Es decir que fortalecido por su prestigio ante la opinión pública a la que siempre fascinan los generales victoriosos y fortalecido también por la adhesión del ejército con el que se le acreditaba quizá equivocadamente, Bonaparte se encontraba en una posición de árbitro.

Si el cálculo personal, aunque también el realismo, le recomendaban, en 1799, dejar de lado, a pesar de una fuerte corriente en el país, una restauración de la monarquía que desencadenaría inmediatamente una guerra civil, podía elegir entre un gobierno de salvación pública apoyado por los jacobinos (aunque el precedente había dejado malos recuerdos), la consolidación del régimen dictatorial o el golpe de Estado con que soñaba Sieyès para llevar a cabo su revisión constitucional en beneficio de los «pudientes».

¿QUÉ BANDO ELEGIR?

El 9 de octubre de 1799, Bonaparte desembarcó en la bahía de Saint-Raphaël. No podemos sorprendernos de que su llegada suscitara un movimiento tan amplio de curiosidad que dispensó al navío de la obligatoria cuarentena estipulada para cualquier nave procedente de Oriente.

A mediodía, Bonaparte pisaba suelo francés, y seis horas más tarde emprendía la ruta hacia París. Había que actuar aprisa, prevenir cualquier decisión inoportuna del Directorio que pudiera considerar este regreso como un abandono de puesto. El efecto sorpresa era fundamental. Se perdió. Desde el día 10 de octubre, París conocía la noticia. Pero Bonaparte se benefició, en definitiva, de este contratiempo. En Aviñón, se dio cuenta de la popularidad que le había proporcionado la misteriosa y lejana expedición de Egipto. «La muchedumbre era inmensa. A la vista del gran hombre, el entusiasmo llegó a su plenitud, el aire resonó con aclamaciones y con el grito “Viva Bonaparte”, y esta muchedumbre y este grito lo acompañaron hasta el hotel donde descendió. Era un espectáculo electrizante.» ¿Cómo se explica este movimiento? «En esa época, se le consideraba como llamado a salvar a Francia de la crisis a la que la habían arrojado el lamentable gobierno del Directorio y los reveses de nuestros ejércitos.» Es posible que Boulard, en sus *Memorias*, de las que acabamos de reproducir un extracto, fuerce la significación política de la manifestación de Aviñón. Aparentemente, se trataba de un movimiento espontáneo. Luego las demostraciones adoptaron rápidamente un tono oficial. La municipalidad de Nevers solicitaba el 15 de octubre ser recibida por el general, en el hotel del Gran-Cerf donde se había apeado. Decididamente, este regreso revestía un sesgo cada vez más favorable. Llegado a París, el día 16, hacia las seis de la mañana, Bonaparte dedicó su primera visita, por la noche, a Gohier, presidente del Directorio. La acogida fue cordial. Sosegado, el joven general se presentó al día siguiente ante los cinco representantes del poder ejecutivo para una recepción oficial. Su indumentaria causó sensación: sombrero redondo, levita de paño color oliva y cimitarra turca en la cintura. Sus palabras sorprendieron agradablemente a los directores: solo desenvainaría la espada —en este caso la cimitarra— para defender a la República y a su gobierno. ¿Era acaso sincero y se creía todavía, o pretendía ser, el salvador de un Directorio que, tal como se lo habían descrito, estaba acorralado?

Su hotel de la Rue de la Victoire estaba asediado por visitantes que acudían para hablar acerca de la situación política. Mantuvo conversacio-

nes con Talleyrand, Roederer, Maret, futura eminencia gris, y luego con Fouché. Todos mostraron a Bonaparte un Directorio en descomposición y se esforzaron por arrastrarlo a la oposición. Se le han reprochado a Bonaparte sus titubeos: regresó a París el 16 de octubre y el 10 de noviembre será dueño de Francia. ¿Podría haber ido más rápido?

El juego político era complicado. A los defensores del *statu quo* (los directores Gohier y Moulin), que tenían la legalidad a su servicio (y ya se había comprobado su peso después de la expulsión fuera de la ley de Robespierre), se oponían Barras, al que se le atribuían cada vez más intenciones de restauración monárquica, los neojacobinos, vencedores en las últimas elecciones y que todavía podían contar con numerosos diputados y con generales republicanos, y, finalmente, los termidorianos, que deseaban confiar a Sieyès la revisión de la constitución de 1795 para volverla más eficaz y prevenir de ese modo tanto el regreso del rey como los progresos de la anarquía, en suma, garantizar su mantenimiento en el poder. Podían invocar una garantía intelectual, la de los «ideólogos», los defensores de la filosofía de la Ilustración que reinaba en el Instituto al que pertenecía igualmente Bonaparte.

Si algo resulta chocante en la actualidad, es la imprecisión de todos estos proyectos: nadie sabía, a fin de cuentas, cómo concluir la Revolución.

Bonaparte parecía haber limitado inicialmente sus objetivos a su entrada en el Directorio. Pero el límite de edad, fijado en cuarenta años, lo excluía, y Gohier, quizá durante una cena ofrecida el 22 de octubre, se mostró inflexible.

La tentación jacobina no era menor. ¿Cómo el autor del *Souper de Beaucaire* [«La cena de Beaucaire»], el amigo de Robespierre el Joven, no habría de sentirse atraído por ese campo? El neojacobinismo, cuya implantación en las administraciones provinciales y en el ejército (Bernadotte, Jourdan) era fuerte, preconizaba desde el año VII un gobierno de salvación pública. Sin embargo, el voto de un impuesto obligatorio había asustado a amplios sectores de la burguesía y del campesinado acomodado. Además, Bonaparte chocó con Bernadotte: oposición de carácter, concepciones diferentes de la República y, desde luego, rivalidad amorosa a propósito de Désirée Clary, la antigua prometida de Bonaparte con quien se había casado Bernadotte. La carta jacobina era difícil de jugar.

En lo que concierne a Barras, Bonaparte no sentía por él otra cosa que desprecio. El fasto del Luxemburgo, el cinismo del personaje, sus favoritos, todo le irritaba. Y también en ese caso la responsabilidad corría en parte a cargo de una mujer: Joséphine, la antigua prometida del director corrupto.

Quedaba Sieyès. Impenetrable, el ex abad se contentaba simplemente con declarar que había llegado el momento de aplicar el plan constitucional que había madurado durante varios años. El prestigio político del autor de la famoso folleto *¿Qué es el Tercer Estado?* era considerable. Se pensaba que sería él quien cerraría el abismo de la Revolución gracias a esa constitución tan a menudo anunciada y tan esperada, que debía tranquilizar a todos aquellos a quienes inquietaban las amenazas que pesaban sobre los principios sagrados de la propiedad y de la igualdad jurídica. «La ideología» podía servir como vínculo entre dos miembros del Instituto, que no pertenecían, es cierto, a la misma sección.

Un primer encuentro entre Sieyès y Bonaparte, el 23 de octubre, no condujo a nada. Tal vez el pasado jacobino del general inquietaba al antiguo abad, que hubiera preferido a Moreau, aun cuando este era sospechoso inversamente de simpatías monárquicas. La entrevista decisiva tuvo lugar bien el día 1, o bien el día 6 de noviembre. En realidad, Sieyès no tenía las manos libres. La revisión de la constitución era legalmente imposible: era indispensable un procedimiento complicado y un plazo de nueve años para modificar sus artículos. Era pues necesario recurrir a la fuerza, promover un nuevo golpe de Estado. Sieyès concebía su desarrollo de la siguiente manera: la creación de un vacío en el ejecutivo que arrastrase, como en 1792, la caída del legislativo. Los consejos designarían una comisión encargada de redactar una nueva constitución que daría cuenta de las imperfecciones de la precedente. Para intimidar al legislativo, serían necesarios algunos movimientos de tropas. Se blandiría un sable, pero para volverlo a introducir pronto en su funda.

El vacío que había que crear en el Directorio no presentaba dificultad: Sieyès lo abandonaría al igual que Roger Ducos, su acólito. Comprando a un tercer hombre, Barras por ejemplo, todo estaría dicho. Podía temerse una reacción jacobina en el seno del Consejo de los Quinientos: con el pretexto de un complot, se harían transportar las asambleas fuera de París con el fin de privarlas de eventual apoyo de los arrabales. Con excepción de Perregaux, las altas finanzas, contactadas, eran reticentes: los millones necesarios tendrían que ser suministrados por un abastecedor del ejército italiano, Collot.

Bonaparte entró en juego, como muy tarde, el 6 de noviembre. Se le concedía, al parecer, el nombramiento de cónsul provisional; y por añadidura, tendría un derecho por encima de la constitución que se sometería a la aprobación de las asambleas. La importancia de las concesiones de Sieyès era tanto mayor en la medida en que se preveía un golpe de Estado

parlamentario, en el que a los militares les correspondía sobre todo un papel de comparsas. La expresión de golpe de Estado resulta incluso excesiva, porque todo debía desarrollarse dentro de una relativa legalidad. No chocar de frente con la ley: imperativo heredado de la Revolución. La actitud equívoca de Bonaparte ya le habría valido, si creemos a los periódicos, un descenso apreciable de popularidad.

EL GOLPE DE ESTADO

La operación prevista por Sieyès se puso en marcha sin dificultades. En la noche del 8 al 9 de noviembre (del 17 al 18 de brumario) se tomaron las disposiciones militares, se enviaron las proclamas a la imprenta de Demonville y se dirigieron las convocatorias a los miembros del Consejo de los Ancianos. Fue este Consejo el que, constitucionalmente, determinó el lugar donde celebraría su sesión el Cuerpo Legislativo; además, contaba en su seno, al revés que los Quinientos, con una fuerte fracción favorable a Sieyès.

El 9 de noviembre (18 de brumario), a las siete y media, la expedición entró en las Tullerías. Todavía sin acabar de despertar, boquiabiertos por el movimiento de las tropas, los Ancianos supieron por uno de los suyos, Cornet, diputado de Loiret, que la República estaba amenazada. Régnier, en una alocución patética, transformó su perplejidad en extravío. Les aconsejó abandonar París y trasladarse a las inmediaciones, en este caso el castillo de Saint-Cloud. «Allí, a resguardo de sorpresas y de ataques repentinos, podréis, con calma y seguridad, pensar en los medios necesarios para hacer desaparecer los peligros e incluso destruir sus causas para el futuro.»

Se votó un decreto:

Artículo primero. — Se transfiere el Cuerpo Legislativo a la comuna de Saint-Cloud. Ambos consejos se reunirán allí en las dos alas del palacio.

Artículo 2. — Se trasladarán allí la mañana del 19 de brumario al mediodía. Se prohíbe cualquier continuación de las funciones y de las deliberaciones en otro lugar y antes de ese tiempo.

Artículo 3. — Se le encarga al general Bonaparte la ejecución del presente decreto. Tomará todas las medidas necesarias para la seguridad de la representación nacional.

Artículo 4. — Se llama al general Bonaparte a presentarse ante el Consejo para recibir un despacho del decreto y prestar juramento.

Las ocho y media. Se le advierte a Bonaparte de que ha sido votado el decreto. Inmediatamente, sube al caballo y se dirige, rodeado de una brillante escolta de oficiales, a las Tullerías. Admitido en el Consejo de los Ancianos, expone en pocas palabras la situación: «Ciudadanos representantes, la República perecía, vosotros os disteis cuenta y vuestro decreto acaba de salvarla. ¡Ay de quienes pretendan los disturbios y el desorden! Ayudado por el general Lefebvre, el general Berthier y todos mis compañeros de armas, los detendré ... Vuestra sabiduría ha expedido este decreto; nuestros brazos sabrán ejecutarlo. Queremos una República fundada en la verdadera libertad, en la libertad civil, en la representación nacional; juro, en mi nombre y en el de mis compañeros de armas, que la tendremos». «Lo juramos», repiten a coro los generales que rodean a Bonaparte, a saber, Berthier, Lefebvre, Marmont, etc. Varios movimientos fueron rápidamente sofocados, por la impresión que causó en algunos diputados la intrusión de estos militares ruidosos y arrogantes.

Bonaparte baja de nuevo a los jardines de las Tullerías donde encuentra a Bottot, secretario de Barras. Lo lleva ante las tropas estacionadas alrededor del palacio y le impreca de este modo: «¡En qué estado dejé Francia y en qué estado me la he encontrado! ¡Os dejé la paz y me encuentro con la guerra! ¡Os entregué conquistas y el enemigo atraviesa nuestras fronteras! ¡Dejé nuestros arsenales llenos y no he encontrado ni un arma! ¡Os dejé los millones de Italia, he vuelto a encontrar por doquier leyes expoliadoras y la miseria! ¡Este estado de cosas no puede durar! Antes de tres meses, nos llevaría al despotismo. ¡Queremos la República asentada sobre las bases de la igualdad, de la moral, de la libertad civil y de la tolerancia política! Con una buena administración, todos los individuos olvidarían las facciones en las que tuvieron que alistarse para que se les permitiera ser franceses. ¡Ha llegado el momento, en fin, de que se rinda a los defensores de la patria la confianza a la que tanto derecho tienen! De creer a algunos facciosos, ¡pronto acabaríamos siendo todos enemigos de la República, nosotros que la hemos fortalecido con nuestro trabajo y nuestro valor! ¡No conozco gente más patriota que los valientes que fueron mutilados en el servicio a la República!».

Esta arenga no prevista en el plan de los conspiradores respondía a una finalidad precisa: excitar el entusiasmo de los soldados cuyas profundas convicciones se ignoran y desacreditar no solo al Directorio, sino también a los jacobinos (alusión a las leyes expoliadoras dirigidas contra ellos). El éxito obtenido por Bonaparte fue total. Los soldados aclamaron a su general. De ese modo, el ejército estaba dispuesto a barrer al poder

civil. Bonaparte, que quizá imagina un futuro enfrentamiento con Sieyès, sabe que podrá contar con las tropas estacionadas en París.

A las once. La noticia del decreto votado por los Ancianos llegó al Consejo de los Quinientos. Se levantaron protestas, pero no se delineó ninguna resistencia contra el traslado a Saint-Cloud, una resistencia que hubiera sido ilegal.

Todavía era preciso crear un vacío de poder al frente del ejecutivo. Sieyès y Roger Ducos renunciaron pronto a sus funciones. ¿Y Barras? Talleyrand, asistido por Bruix, era el encargado de obtener su dimisión. Se presentó en el Luxemburgo cuando el director estaba sentado a la mesa. Una mesa prevista para treinta cubiertos, pero que no había atraído más que a un solo comensal, el financiero Ouvard. Barras ya se había dado por enterado. Escucha distraídamente a Talleyrand, abre una ventana, percibe a los soldados y no insiste. Firma una rápida carta de dimisión donde declara que «ingresa con alegría en el rango de simple ciudadano». Talleyrand le besa las manos, le asegura que ha salvado una vez más a la República y se embolsa, como se dice, los millones que le habría confiado Bonaparte para sobornar a su antiguo protector. Barras parte en camino hacia Grosbois. La desaparición de este rudo luchador confirma a los conspiradores la excelencia de sus planes. Moulin y Gohier, últimos directores en negarse a entregar su carta de dimisión, son retenidos en el palacio del Luxemburgo bajo custodia del general Moreau. El Directorio ha dejado de existir.

Caía la noche sobre un París que no se había sobresaltado y parecía indiferente. Se había ganado la primera manga. Bonaparte habría confiado a su secretario antes de irse a acostar: «Esto no ha ido muy mal hoy. Veremos mañana». En realidad, para Sieyès, nada había acabado. Adivinó que el Consejo de los Quinientos, donde actuaban los jacobinos, no se dejaría manejar. Si acusara a Bonaparte, ¿abandonarían las tropas, exaltadas, a su jefe, como cuando la Convención declaró a Robespierre fuera de la ley? ¿No sería necesario detener o apartar en seguida, bajo cualquier pretexto, a los cuarenta diputados más enérgicos? Pero Bonaparte siempre se opuso a ello. ¿Por un prurito de legalidad? ¿Por una voluntad de romper con los métodos revolucionarios que impedirían a continuación esa reunificación nacional con la que soñaba? ¿Por una última sacudida de simpatía hacia los jacobinos? ¿O por un propósito táctico que trataba de complicar la operación de manera que le permitiera a Bonaparte desempeñar en ella una función más importante que la que le había reservado Sieyès?

El segundo acto tiene como decorado el castillo de Saint-Cloud, el 19 de brumario. La reunión de los consejos estaba prevista para mediodía. Había que dar permiso a las tropas para movilizarse. Pero eso significaba a la vez conceder a los diputados el tiempo de ponerse de acuerdo. Bonaparte llegó al final de la mañana con Berthier, Gardanne, Lefebvre y Leclerc. Se dice que había seis mil hombres alrededor del castillo bajo el mando de Murat. También había que contar con Sébastiani y sus dragones. Lannes permaneció en París con otras tropas. Según los testimonios, los soldados prorrumpieron frases hostiles contra «los abogados y los oradores», designados como responsables del retraso en las pagas, las suelas agujereadas y la penuria de tabaco. Iniciada con la algarada contra Bottot, la acción psicológica de Bonaparte se desarrolló eficazmente en las filas de los soldados.

La sesión del Consejo de los Ancianos, instalada en la galería de Apolo decorada por Mignard, se inició a la una del mediodía bajo la presidencia de Lemercier. Varios representantes que, deliberadamente, no habían sido convocados la noche antes, plantearon preguntas; los que participaban en la conjura les respondieron con un tono azorado. Para respetar las formas legales, Bonaparte aguardaba en un salón a que el Cuerpo Legislativo hubiera tomado acta de la dimisión del Directorio y se lo notificara al Consejo de los Quinientos, primera etapa antes de la designación de un gobierno provisional. Las deliberaciones se eternizaban. De pronto, Bonaparte no pudo contenerse. «Hay que acabar», declaró. Su aparición en el recinto de los debates causó sensación. Según Bourrienne,

la entrada de Bonaparte fue brusca y colérica; me pareció un indicio de que no iba a decir nada bueno. Todos los discursos que se han puesto en boca de Bonaparte desde su entrada difieren entre sí, como es natural, porque no pronunció ninguno a los Ancianos, a menos que se llame discurso a una conversación mantenida sin nobleza ni dignidad. No se oían otras palabras que estas: «hermanos de armas», «la franqueza de un soldado». Las preguntas del presidente se amontonaban con bastante rapidez, eran nítidas. En cambio, nada más confuso ni peor enunciado que las respuestas ambiguas y embrolladas de Bonaparte. Hablaba sin continuidad de volcanes, de sordas agitaciones, de victorias, de constitución violada; incluso profería reproches contra el 18 de fructidor, cuyo primer promotor y más poderoso valedor fue él mismo. Pretendía haber ignorado todo hasta que el Consejo de los Ancianos le había llamado en socorro de la patria. Luego venían «César, Cromwell, tirano». Repitió varias veces: «No tengo otra cosa que deciros», y no decía nada ... Me percaté del pésimo efecto que producía esa palabrería sobre la

asamblea y la progresiva turbación de Bonaparte, y le susurré en voz baja, dándole un suave tirón en el faldón de su traje de gala: «Abandone la sala, general, no sabe lo que está diciendo».

Sin duda, las *Memorias* de Bourrienne están marcadas por la malevolencia, pero todos los testimonios coinciden en subrayar la turbación del general.

Una vez fuera, Bonaparte recobró la serenidad y, con paso firme, se dirigió hacia la Sala de Conferencias del Consejo de los Quinientos, instalada apresuradamente en la Orangerie del castillo. Los debates que se desarrollaban allí eran agitados. Los conjurados no tenían la mayoría en esa asamblea y tuvieron que enfrentarse con una vigorosa oposición. Se ponía en duda la dimisión de Barras. De pronto, un ruido de armas interrumpió al orador que estaba en la tribuna. Bonaparte acababa de entrar.

De los acontecimientos que siguieron, hay relatos para todos los gustos. Desde el momento de su aparición, fue interpelado, rodeado y luego zarandeado por los diputados. De todos lados surgían gritos: «¡El dictador está fuera de la ley! ¡Viva la República y la Constitución del año III! ¡Muramos en nuestro puesto!». Se atribuye a Destrem el célebre escarnio: «General, ¿es por esto acaso que has vencido?».

Luciano Bonaparte, que presidía el Consejo, no consiguió restablecer la calma. Algunos soldados del entorno de Bonaparte se esforzaron en sacarlo de allí y protegieron su salida. El general estaba sofocado, pálido y con la cara ligeramente ensangrentada.

La partida estaba perdida. Bonaparte parecía haber dejado pasar su oportunidad. Como temía Sieyès, los diputados exigieron la destitución del general. Bertrand, de Calvados, solicitó que se le retirara el mando de los granaderos de la guardia parlamentaria. Talot propuso que el Consejo regresase a París, y, de pronto, alguien aulló: «¡Votemos la proscripción del general Bonaparte!». Terrible amenaza. Sin duda, se necesitaba el acuerdo de los Ancianos, pero en el desvarío todo el mundo olvidó esta necesidad constitucional. Bastaba con que un general enérgico se pusiera al frente de las tropas, como Barras en Termidor, para poner fin a la conspiración. Luciano se dio cuenta del peligro. Para ganar tiempo, después de haber intentado vanamente justificar a su hermano, renunció a sus insignias de presidente y dejó a la asamblea estupefacta. Afuera, se subió a un caballo e improvisó una arenga ante la guardia de la corte de honor: «El presidente os declara que la inmensa mayoría de este Consejo está siendo aterrorizado en este momento por unos pocos miembros provistos

de estiletes que han puesto sitio a la tribuna, amenazan de muerte a sus colegas y sacan adelante las deliberaciones más espantosas ... Esos bandoleros no son ya los representantes del pueblo, sino los representantes del puñal». Luciano habría señalado entonces el rostro manchado de sangre de su hermano. Así nacería la leyenda de los puñales. Y luego, con un gesto teatral pero eficaz, reclamando una espada, juró que atravesaría a su propio hermano si este se transformara en un tirano.

Los soldados de la guardia parlamentaria vacilaron, pero, sobre todo, sintieron tras ellos la impaciencia y la cólera de las tropas llevadas por Bonaparte. Se pusieron a redoblar los tambores. Murat se puso al frente de los granaderos y se dirigió a la Orangerie. Leclerc se unió a él. «¡Echadme a toda esa gente de ahí!», gritó Murat. En cinco minutos, se vació la Sala de Conferencias del Consejo de los Quinientos al son de los tambores. No había lugar para maniobras parlamentarias; el plan de Sieyès se había arruinado. La entrada en escena del ejército modificó el desarrollo de la operación prevista por el antiguo abad, que fue uno de los perdedores del altercado. Para recuperar el hilo, era preciso, apresuradamente y en plena confusión, reunir a un cierto número de Ancianos con los miembros de los Quinientos que se pudieran encontrar en los jardines de Saint-Cloud y convencerlos de la necesidad de esta reunión. Esta asamblea improvisada tomó acta del vacío de poder del ejecutivo y sustituyó al Directorio por un triunvirato consular formado por Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos. El Cuerpo Legislativo fue aplazado; dos comisiones recibieron el encargo de preparar una nueva constitución en un plazo de seis semanas. Finalmente, se excluyó a sesenta y un diputados (jacobinos) de la representación nacional. A las once de la noche, Bonaparte, que se había repuesto y había adoptado el papel de jefe de la conjura, firmó una proclamación en la que relata, a su manera, el desarrollo del golpe de Estado, mencionando especialmente la tentativa de asesinato de la que habría sido víctima en el Consejo de los Quinientos. No se hubiera salvado de no ser por la intervención de los granaderos del Cuerpo Legislativo: «Los facciosos, intimidados, se dispersaron y alejaron. La mayoría, a salvo de sus embates, regresó libre y apaciblemente a la Sala de Conferencias; oyó las propuestas que debían serle hechas para la salvación pública, deliberó y preparó la resolución saludable que debía convertirse en la ley nueva y provisional de la República».

París no se inmuta. Desde germinal y prarial, el resorte revolucionario parece aplastado en la capital por lo demás desarmada. Ha sido aniquilado cualquier espíritu crítico: los parisinos aceptan sin chistar la versión de los

acontecimientos que se les propone. Es en provincias donde se produce un tímido sobresalto. Las administraciones departamentales, en manos de los jacobinos, intentaron organizar la resistencia. Inútilmente. La opinión pública está demasiado cansada para enredarse en una nueva guerra civil.

«Uno de los golpes de Estado peor concebidos y peor desarrollados que imaginar se pueda, que triunfó por la omnipotencia de las causas que lo presidían, el estado anímico de la población y las disposiciones del ejército, y quizá incluso más por la primera causa que por la segunda»: así fue, según Tocqueville, el 18 de brumario.

En París, los tres nuevos cónsules se instalaron provisionalmente en el Luxemburgo en lugar de los directores. ¿Quién sería el presidente? Roger Ducos se inclinó por Bonaparte: «Es totalmente inútil votar la presidencia; os pertenece en derecho». La conjura de brumario cambió de jefe, si no de sentido.

Frente al empuje neojacobino y las amenazas realistas, los termidorianos creyeron que el nuevo golpe de Estado los mantendría en el poder. Después de la caída de Robespierre, habían carecido de popularidad y de autoridad: el general Bonaparte les aportaba la primera —era el hombre de la paz de Campo Formio—; en cuanto a la autoridad, debía proporcionársela la revisión constitucional preconizada por Sieyès.

Jacques Bainville tiene razón al subrayarlo: el Brumario no se distingue de otros golpe de Estado. Se presentó a los contemporáneos como la victoria de una facción política que ya gobernaba Francia desde hacía cinco años; suscitó pocas interrogaciones y todavía menos entusiasmo. Al menos se sabía que no afectaría a los principios de la Revolución de los que se erigían como guardianes los ideólogos, ni tampoco a los intereses de la nueva burguesía, la de los que adquirieron los bienes nacionales. Sin duda, Benjamin Constant había prevenido a Sieyès, la noche del 18 de brumario, cuando se conoció el aplazamiento de los consejos: «Esta medida me parece desastrosa, como si destruyera la única barrera que podría oponerse a un hombre con el que os habéis asociado en la jornada de ayer, pero que por ello significa una amenaza mucho mayor para la República. Sus proclamaciones en las que solo habla de sí mismo, en que dice que su regreso ha suscitado la esperanza de que pusiera un término a los males de Francia, me convencieron más que nunca de que en todo lo que hace no ve otra cosa que su elevación. Sin embargo, tiene de su lado a los generales, a los soldados, al populacho aristocrático y a todo aquel que se entrega con entusiasmo a la apariencia de la fuerza. Del lado de la República está usted, y ciertamente es mucho, y la representación que, mala o no,

siempre será capaz de poner un dique a los proyectos de un individuo». El papel del ejército había sido mayor que el que se preveía, pero la alianza entre Bonaparte y los «termidorianos» transformados en «brumarianos» parecía sólida, y el general, a pesar de los prejuicios favorables tanto del lado de los realistas como de algunos jacobinos, se había cerrado las otras puertas. La revolución «burguesa» entraba en vías de consolidación. «Habrá de convenirse —escribía el economista Francis d'Ivernois, algunos meses después de Brumario—, que los franceses no han defendido nada mal sus bolsas.» Por su parte, uno de los artesanos del golpe de Estado, Regnault de Saint-Jean-d'Angély, apuntaba:

En la época de la Asamblea Constituyente, una facción se levantó para atacar las propiedades. Se contemporizó con ella, en lugar de reprimirla; se le cedió cobardemente una parte del principio, en lugar de defender valientemente la totalidad. Luego, esta facción, enemiga del orden social, aniquiló todas las garantías de la propiedad. Cada pequeña revolución producida en el seno de la grande se llevó a cabo al precio de un nuevo atentado dirigido contra la propiedad. Únicamente la revolución del 18 de brumario tiene un carácter diferente: se realizó en favor de la propiedad.

DEBATES ABIERTOS

La situación del Directorio ¿hacía necesario un golpe de Estado? Todos los historiadores de Brumario creen que sí. No había otra salida. El papel de los principales actores es, en cambio, menos conocido. ¿A qué se debió la pasividad de Barras? ¿Fue engañado por los conspiradores? (Garnier, *Barras*, 1970.) ¿Fue sobornado con los millones que se había encargado de entregarle Talleyrand? Así lo creen A. Vandal, P. Gaxotte (*La Révolution française*) y L. Madelin; Garnier es más reservado. *Les Mémoires de Barras* rechazan una hipótesis semejante. Estamos mejor informados sobre Sieyès gracias a dos estudios fundamentales: Netton, *Sieyès* (1901), y P. Bastid, *Sieyès et sa pensée* (nueva ed. 1970), que completa R. Marquant, *Les Archives Sieyès* (1970; se encuentra ahí la frase de Benjamin Constant que pone en guardia a Sieyès contra Bonaparte, el 19 de brumario). L. Madelin explica el papel completamente desdibujado de la policía por el doble juego de Fouché (*Fouché*, t. I, 1923). Otros actores: Talleyrand (G. Lacour-Gayet, *Talleyrand*, 1928, t. I, cap. XX); Réal (Bi-

gard, *Le Comte Réal, ancien jacobin*, 1937) y, sobre todo, Luciano (Pietri, en *Lucien Bonaparte*, 1939, que piensa que Luciano no intentó actuar por su cuenta, como afirmaba Masson, en *Napoléon et sa famille*, sino que había participado plenamente en la conjura de Sieyès). Innegablemente, si Boulay de la Meurthe o Daunou, demasiado blandos, hubieran presidido los Quinientos, Bonaparte habría sido declarado proscrito. Fue Luciano quien garantizó el éxito del complot, y salvó las apariencias legales. F. Pietri retomó esta idea forzándola un poco en *Napoléon et le Parlement* (1955). Según él, allí no hubo un «golpe de Estado», sino «una revisión constitucional normal que Bonaparte, por su parte, había trastocado inútilmente». En su *Lucien Bonaparte* (1985), A. Pietromarchi estima que «Brumario no fue más que la culminación de Fructidor: con el primer golpe de Estado, Barras y la nueva burguesía habían puesto fin a la experiencia liberal termidoriana»; Brumario prolongaba la dictadura bajo una forma distinta, frente al peligro realista.

En cuanto a la corriente neojacobina contra la que se llevó a cabo el golpe de Estado, fue analizada por I. Woloch, *Jacobin Legacy. The democratic movement under the Directory* (Princeton, 1970), sin responder no obstante a las preguntas que se plantean sobre la naturaleza y la composición social del movimiento. ¿Cómo se produjo la financiación del 18 brumario? Los banqueros fueron reservados. Lecouteulx de Canteleu estaba al corriente de los preparativos del golpe de Estado que favoreció al frente de la administración del departamento del Sena, pero no se encuentran huellas de que se ocupara de una financiación de la operación. Michel Jeune ofreció dos millones, pero después del golpe de Estado. Fueron pues los proveedores quienes subvencionaron la operación, y más concretamente Collot, antiguo municionario del ejército de Italia, que había avanzado 500.000 francos (Payard, *Le Financier Ouvrard*, 1958). Otro proveedor implicado en el complot, Simons, que obtuvo un importante mercado de madera para la marina, como reconocimiento de sus servicios (Stern, *Le Mari de Mlle Lange, Simons*, 1933). Los proveedores estaban irritados por la nueva política del Directorio: el 4 de octubre de 1799, una ley les había obligado a entregar en el plazo de un mes la cuenta de todas sus provisiones desde 1795, acompañada de justificantes. El 29 de octubre, se les retiró la posibilidad de cobrar con la entrada de impuestos en las diferentes cajas públicas.